

LOS SEGLARES Y LA EVANGELIZACION DEL MUNDO

Como colaboración a la próxima **Semana Catequística** —5 al 12 de mayo— y en el ambiente conciliar en el que se desenvuelve el mundo católico, intentaré hacer algunas reflexiones sobre el deber de evangelizar que incumbe a todo fiel cristiano.

La Iglesia, dice Bossuet, es Cristo que se continúa en los tiempos. Hoy los laicos se están abriendo a la conciencia de que ellos también son Iglesia, y en ellos y por ellos Cristo se prolonga en la historia. Un cristianismo pietista y escatológico, de escapulario y buena muerte, cerradamente individualista y plagado de inhibiciones innecesarias, de manga estrecha, ha ocultado durante mucho tiempo el verdadero rostro del cristianismo verdad. Y muchos hombres de buena voluntad al encontrarse con él volvieron las espaldas al mensaje de salvación que se encerraba en el estuche de feo barroquismo. Se entusiasmaron con Cristo, pero les decepcionamos nosotros, los discípulos de Cristo y nuestra manera de presentarlo a Cristo. Ghandi intuyó la enorme fuerza salvadora del Evangelio, pero no pudo digerir nuestra falsa civilización cristiana. Como él muchos otros se quedaron a la puerta, sin poder atravesar el dintel. Y nosotros nos lavamos las manos como Pilatos, echándoles a ellos la culpa.

El testimonio cristiano de nuestros seglares católicos no ha sido excesivamente brillan-

te en las últimas centurias. Pretendidos conquistadores y colonizadores desmintieron con su vida el Evangelio que predicaban los misioneros "eclesiásticos". Se quisieron encubrir excesivas infamias con la sombra de la cruz. Y el heroísmo cristiano de unos pocos fue débil cortina de la voracidad y ferocidad de los muchos.

Durante los últimos siglos el cristianismo seglar apenas ha tenido ni voz ni voto en la Iglesia. La "libertad de expresión" en la Iglesia, que tan bella y profundamente glosa K. Rahner en una de sus obras recientes, es un fenómeno desconocido hasta tiempos muy nuevos y la libre opinión en la Iglesia, tal como la han formulado Pío XII y Juan XXIII, disuena aún en muchos oídos timoratos dentro del redil.

El arzobispo de Viena, Cardenal Francisco Koenig, miembro de la Comisión Central Preparatoria del Concilio, decía a la prensa austriaca, poco antes de la apertura de la gran Asamblea católica:

"No esperen al Obispo ni la voz de Roma si tienen algo que decir acerca del Concilio. Hagan las advertencias que crean

convenientes. Apremien cuando lo juzguen necesario; no escatimen las posibilidades de informar y de dar al mundo a conocer todo lo que pueda interesarle, especialmente a los católicos, acerca del Concilio".

Estas y otras exhortaciones de características similares hallaron algún eco en ciertos sectores centroeuropeos. Pero el mundo seglar católico apenas abrió la boca, y si lo hizo, su voz contenía un mensaje muy débil. Había olvidado el hablar.

También el Espíritu Santo habla por boca del pueblo cristiano. Muchos eclesiásticos quisieron olvidar este hecho y muchos de los males de nuestras instituciones religiosas se deben a que se ha desoído la honrada y desinteresada opinión de los laicos cristianos.

"No hubiera estado mal, dice K. Rahner, si alguna vez hubiéramos encontrado en los periódicos católicos algo que se refiriera a la terrible complejidad (en el pasado) de las reglas del ayuno eucarístico, las que no siempre parecieron guardar el espíritu verdadero de esta disposición eclesiástica.

Me consta que un gran sector de laicos muy leales deplora algunos de los métodos educacionales que funcionan en los institutos católicos y en los establecimientos religiosos, y sin embargo se abstiene de expresar sus opiniones en público, imaginando erradamente que no debe hacerlo".

Aun hoy, apesar de que se habla tanto de la "mayoría de edad" del laico católico, no deja éste de ser, por lo menos en vastos sectores de la cristiandad, sino una masa sumisa de fieles peones, a la que se imparten órdenes, pero cuyas iniciativas se temen.

LA CRISTIFICACION DE LAS ESTRUCTURAS TEMPORALES

Fue Pío XII quien encontró la célebre fórmula de la "consecratio mundi". Son los laicos quienes tienen que cristificar las estructuras temporales, consagrarlas a Cristo. Tienen en primer lugar que humanizarlas, pues en una estructura donde se pisotean los derechos intangibles de la persona humana, se pisotean los derechos de Dios.

Y al ser anti-humana es anti-cristiana.

Desde la revolución protestante, y más aún desde la revolución liberal, el mundo se ha descristianizado rápidamente, y a un mundo cristiano ha sustituido un mundo laicista y cruelmente pagano e inhumano. La muerte de Dios en las estructuras temporales, socio-económicas y políticas, particularmente, ha ido acompañada por una tremenda avalancha de pecados de omisión, deserción y cobardía en los católicos seculares. Sin duda que la culpa no es sólo, y tal vez ni principalmente, de ellos, pues una cultura abusivamente clericalista los había marginado, y no estaban preparados para insertarse en el nuevo humanismo.

Sobre los seculares, pues, recae, sobre todo, el deber y la tarea de vivificar en Cristo las estructuras temporales, de ejercer en cristiano las actividades profanas: ciencias, literatura, artes, vida política, social, económica, diversiones...

Maritain ha expresado ciertamente en su obra "Humanismo Integral" este "obrar como cristiano" en lo temporal, que debe ser función del secolar:

"En el plano de lo temporal, yo no obro en cuanto cristiano, sino que debo obrar COMO CRISTIANO, comprometiéndome a mí tan sólo, no a la Iglesia, pero a mí por entero, no amputado ni desanimado; comprometiéndome yo mismo, que soy cristiano, que me hallo en el mundo, y trabajo en el mundo sin ser del mundo; que por razón de mi fe, de mi Bautismo y Confirmación, por más pequeño que sea tengo la vocación de infundir en el mundo, allí donde me encuentro, una savia cristiana."

El error está, continúa diciendo Maritain, "en prescindir del Cristianismo, dejar de lado a Dios y a su Cristo cuando me ocupo en las cosas del mundo, dividirme en dos partes: una mitad cristiana para las cosas de la vida eterna, y otra mitad pagana o medio cristiana, o cristiana vergonzante, o neutra, para las cosas temporales... Si la Iglesia no debe comprometerse con ningún ideal temporal, los creyentes, sin embargo, no en cuanto creyentes y en nombre de la Iglesia, sino como miembros de la ciudad terrestre, como ciudadanos, deben luchar por un ideal temporal, deben comprometerse, por su cuenta y riesgo, en los comba-

tes por la Justicia Social, y el progreso de la Civilización"...

Si se quiere restaurar todo en Cristo, como es la consigna papal en los últimos tiempos, los cristianos como miembros de la ciudad terrena deben convivir con el pueblo, y luchar y sufrir con él y por él.

Cargamos con las tristes consecuencias de un espiritualismo que puso en manos del diablo y de sus agentes el mundo de lo temporal. Los dos últimos Papas, sobre todo, han insistido en que los laicos integren su quehacer temporal en el orden de la salvación. La Iglesia siente hoy, más que nunca, la necesidad de que sus hijos se comprometan en lo temporal, y la misma teología moderna hace eco de este problema, como de uno de los más fundamentales de este mundo en brusco cambio.

"El orden de lo temporal, dice el teólogo belga Philips, la creación, no está en un plano paralelo e indiferente a la redención. A través del hombre la creación debe salir de la esclavitud del pecado y ser una anticipación al Reino. Si la creación es asumida al orden sobrenatural, al orden de la salvación, el laico podrá realizar su vocación eclesial a través de su trabajo temporal. El trabajo del hombre tiene un alcance humano y redentor a la vez, ya que bajo el imperio de la Gracia de Cristo el trabajo humaniza al Cosmos y contribuye a liberarlo de las consecuencias del pecado. No hay, pues, separación entre la técnica y la fe. Al contrario: el esfuerzo técnico reviste, o puede revestir, una significación cristiana. Y lo que decimos de la técnica puede aplicarse a toda actividad humana revestida por la caridad: el quehacer silencioso de la madre de familia, la actividad comercial, el ejercicio deportivo... De este modo, el laico coopera a la fuerza expansiva del reino de Dios, no por algo añadido a su vida, sino por el mismo quehacer material que llena todo su día".

Juan XXIII ha insistido particularmente en la inserción de los cristianos en la vida pública, política y socio-económica, capacitándose principalmente para ella por medio de una gran competencia científica, capacidad técnica y experiencia profesional, como dice en la reciente encíclica "Pacem in terris".

Consignemos como enjundiosa síntesis del pensamiento de

la Iglesia al respecto la recomendación del Papa a los cristianos, contenida en el citado documento:

"Al llegar aquí exhortamos de nuevo a nuestros hijos a que participen activamente en la administración pública y cooperen al fomento de la prosperidad de todo el género humano y de su propia nación. Iluminados por la luz del cristianismo y guiados por la caridad, es menester que, con no menor esfuerzo, procuren que las instituciones de orden económico, social, cultural o político, lejos de crear a los hombres impedimentos, les presten ayuda para hacerse mejores, tanto en el orden natural como en el sobrenatural".

Para que inspiren la vida civil con normas y criterios cristianos, continúa el Papa, se requiere que los cristianos entren en las instituciones de la vida civil y que puedan desarrollar dentro de ellas su acción benéfica.

PERO ESTO NO BASTA. EXISTE UN DEBER DE EVANGELIZAR

Pero el cristiano secolar no puede contentarse con esto. Como no se contentaron los primeros cristianos. El dinamismo de la fe les condujo espontáneamente a evangelizar directamente aquel mundo hostil que les rodeaba. "Alma del mundo" les llama la carta a Diognetes. Por todas partes fueron levadura de Cristo, sembrando de células cristianas toda la geografía imperial.

El excesivo énfasis puesto en la misión temporal de los laicos ha ocultado en parte su misión evangelizadora. Son expresivas las siguientes frases que el Cardenal de Malinas, Monseñor Suenens, relevante figura de nuestra Iglesia conciliar, decía recientemente a un colaborador de la revista neoyorquina "América":

"El principal problema de la Iglesia de hoy es el de transformar a los católicos de pasivos en activos. Parte del problema es convencer a las personas que han sido bautizadas que su deber es ser apóstoles de Cristo.

Se dice comunmente que la esfera de lo temporal es misión especial de los laicos. Creo que hay un engaño en ello. El laicado tiene una función especial que realizar en la esfera de lo temporal, pero también la tiene en la esfera de lo espiritual".

Los seglares, dice el cardenal, no sólo son ciudadanos de la ciudad del Hombre, sino también de la Ciudad de Dios. "Tienen que participar activamente en la obra de la expansión de la Iglesia. En esta esfera espiritual tienen que trabajar juntamente con los sacerdotes, pero el caso es que tienen que trabajar en ella". Un primer paso, insinúa el prelado, en el inculcar esta idea, debería ser hacer una buena revisión del catecismo. Así a aquella pregunta que dice: "¿Para qué te hizo Dios?" —no habría que responder tan sólo: "Para conocerle, amarle, y servirle", sino: "Para conocerle y hacer que otros le conozcan; para amarle y ayudar a otros a amarle; para servirle y ayudar a traer a otros a su servicio".

"Todo nuestro sistema catequístico y de educación debería ser revisado, dice el cardenal, y adaptada esta concepción de la vida cristiana, y ello desde los primeros grados. Hay un error de palabras y teorías sobre esto, pero todavía, no hemos creado un programa de educación que los lleve a cabo. Deberíamos señalar a los niños cosas concretas que pueden realizar. Es mi esperanza y mi ilusión que como resultado de este cambio en las estructuras de nuestra educación, salgan adultos católicos que acepten su plena responsabilidad, de forma que se sientan obligados a extender la palabra de Dios y convertir a sus hermanos. ¿Podemos esperar, quizás, que cada católico se pueda comprometer a convertir cinco almas? Esto significaría en poco tiempo la conversión de todo el mundo".

La Legión de María ha realizado ya esa labor magnífica de encomendar trabajos de conquista concretos a muchachos y muchachas, y está ahora ensayando en algunos países, y con verdadero éxito, en sus "Velites", la misma labor, adaptada a su capacidad, con niños pequeños. ¿Y no nos encontramos hartas veces, con tristeza, con niños y niñas testigos de Jehová que intentaron adoctrinarnos audazmente?

Poco antes de su muerte dijo Pío XII a un grupo de peregrinos: "Se interpretaría mal la naturaleza real de la Iglesia y su carácter social, si se quisiera ver en ella un elemento puramente activo compuesto por las autoridades eclesiásticas y otro puramente pasivo compuesto por el laicado".

Philips se plantea en términos claros el problema: ¿"Tienen los laicos un sitio en la difusión del mensaje evangélico, o bien su misión es de mera resonancia, en el campo de lo temporal, de los principios cristianos?" Tras de refutar la teoría de Rahner de que los cristianos no ordenados, pero que consagran todo su tiempo al apostolado pasan ipso-facto al rango de clérigos, y pasar revista a otras opiniones, concluye así:

"El laico es apóstol, debe serlo, por el sólo hecho de estar bautizado y confirmado. La gracia que le ha sido conferida por estos sacramentos le impulsa a participar en la misión salvífica de Cristo. La principal razón de ser del apóstol laico no es el suplir la escasez del clero. Al contrario: cuanto más fecunda sea en la Iglesia la vida de la gracia impartida por los sacramentos y la palabra del sacerdote, más vigoroso será el impulso de la caridad en todos sus miembros. El apostolado del laico, aunque no sea jerárquico, nace de la misma fuente que la misión apostólica de la Jerarquía: la presencia de Cristo en su Iglesia".

SEGLARES EN SU PUESTO

J. Leclercq ha escrito hace poco un artículo sobre la "Promoción de los laicos", que ha tenido vasta resonancia. Al estudiar la acción de los laicos fuera de la Iglesia dice que la concentración de la actividad apostólica en el clero ha sido, y sigue siéndolo, un enorme obstáculo para la expansión de la Iglesia en el mundo. La historia de las misiones es la historia desafortunada para la Iglesia de esta clericalización. Se reservaron los clérigos esta tarea evangelizadora, y los seglares, que protegían o apoyaban la empresa, desmentían con su vida la fe que ellos predicaban. No se sentían Iglesia, ni responsables de la evangelización, y la culpa la tenía el cristianismo individualista que se les había enseñado. Hoy se ve la necesidad de los seglares para la conversión del mundo.

El clero está demasiado ocupado con las ovejas del redil, y el cristianismo laico encuentra a las ovejas perdidas, o extrañas al redil, en la vida profesional o social. En la Primera Iglesia los seglares entraban en contacto con los paganos y los llevaban más tarde al Obispo

o al presbítero. Toda la comunidad era misionera y daba testimonio. La expansión de la Iglesia fue entonces irresistible. Más tarde amainó, particularmente cuando la evangelización quedó a cargo exclusivamente de los clérigos. Lo espiritual se convirtió en feudo del clero, y el laicado quedó reducido a lo temporal. En la actualidad retorna el estilo de la Iglesia primitiva, gracias a Dios. Y los laicos se sienten impulsados a conquistar almas. El seglar adulto siente necesidad de contagiar su fe, esperanza y caridad sobre esa masa cada vez mayor de nuevos paganos, alérgicos al mensaje salvador de Cristo.

Los seglares incorporados a la Acción Católica o a alguna otra asociación de apostolado de las que desarrollan una acción evangelizadora controlada directamente e inspirada por la Jerarquía, y mucho más los simples fieles, apóstoles por su bautismo y confirmación, no necesitan clericalizarse, no son sacerdotes con paltó. "Son, como dice Spiazzi, fieles de Cristo que llevan hasta sus últimas consecuencias su profesión cristiana, respondimiento no sólo a su vocación de sociabilidad cristiana, sino también al apostolado propiamente dicho, con el desarrollo de actividades públicas en la Ciudad de Dios."

Muchos sacerdotes están mal acostumbrados a manejar a la tropa de seglares que les ayudan, con "puño de hierro" y a moverlos como a soldaditos de plomo a su antojo. A base de monaguillos adultos, o de fieles sacristanes, ratones de sacristía, como les llama el pueblo, ni se cristifican las estructuras temporales ni dará testimonio toda la Iglesia. Mucho daño ha hecho a la Iglesia la abusiva ingerencia clerical, y no son los elementos más aptos para la evangelización del mundo esas vestales de parroquia, o "sacerdotitos" (como agudamente los llama Lily Alvarez) que se han cobijado demasiadas veces al amparo del hombre fuerte ensotinado. El clericalismo con todas sus fatales consecuencias aún se enseña de nuestras iglesias latinoamericanas, muchos de cuyos elementos importantes se inquietan por lo que ellos creen atrevimientos de los laicos.

Hay un doble peligro en esta primavera del laicado en la Iglesia: la audacia de los apóstoles seglares que tienen prisa en romper los moldes, y la excesiva prudencia de los eclesiás-

COEXISTENCIA

ticos, que encastillados en su mundo de siglos, no son capaces de entender una fase histórica en brusca evolución. E. Stanton enmarca muy bien la situación en un sugestivo artículo sobre la función del laicado:

"La Iglesia "Eclesiástica" tiene que tener paciencia con la "Eclesial", la clerical con la congregacional. Y los laicos deben esforzarse por dominar la casi indefinible virtud del tacto".

Y Congar, en la introducción a su obra maestra "Jalones para una teología del Laicado", confiesa esperanzado:

"Nuestra convicción es que... si la Iglesia, firme sobre sus goznes, se abre audazmente a la acción de los laicos, conocerá una primavera de la que no podemos tener ni idea. Siempre la masa de los laicos ha sido una gran reserva de energías decisivas... Hoy más que nunca, tal vez, los laicos están llamados a dar toda la capacidad de sus energías por las que, en toda verdad, ellos son Iglesia y, como decía Pío XII, hacen la Iglesia. En el inmenso espacio sobre el que se ha abatido lo que llamamos el telón de hierro que representa el 28% de la superficie y el 31% de la población del mundo, la fe no podrá quizás ser conservada mucho tiempo sino por un laicado fiel... Por otra parte, hoy más que nunca quizás, el Espíritu Santo trabaja el mundo en vista de un ideal de plenitud. Y fuerzas magníficas y puras no desean sino ser movilizadas. Muchas cosas pueden ser renovadas, ampliadas. Sobre la viña del Señor revolotea como una brisa de promesa. ¿No será tal vez la víspera de una nueva Primavera, una vigilia de Pentecostés?"

El laicado es un adolescente, continúa el P. Congar, que se hace grande y entra impetuoso en la vida. Y está puyándonos hacia una renovación de las estructuras de la Iglesia, hasta la Plenitud del pueblo de Dios. Y nos está obligando a dejar a un lado nuestro viejo y tranquilo cristianismo ritual para dar paso a un cristianismo joven y renovado.

En este clima nuevo, en esta atmósfera fresca y pura, que están creando en el mundo Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, esperamos que la Iglesia solemnemente dé su debido puesto a este laicado en estado de misión, que hoy más que nunca se siente "Pueblo de Dios en marcha".

JUAN MIGUEL GANUZA S.J.

Y CONVIVENCIA

Las mismas palabras de coexistencia y convivencia nos dicen que la resonancia social es más amplia en el contenido ideológico de "convivir" que en el "con-existir". Tanto el que vive-con" como el que "existe-con" sale de su aislamiento individualista y se asocia, al menos en su significado nominal, con algún otro ser. Pero las perspectivas abiertas a la asociación son muchos más amplias cuando se ligan entre sí dos seres vivos, que cuando se enfrentan dos seres que únicamente existen. Dos seres inertes no se asocian propiamente, sino que "están" el uno frente al otro. Los seres animados encierran un dinamismo comunicativo que abarca la vida en su triple forma vegetativa, sensitiva e intelectual.

La transparencia significativa de las palabras nos pone en la pista del contenido de las mismas. La coexistencia es de extracción materialista; la convivencia es de tendencia espiritualista. La coexistencia, con el calificativo de pacífica, es propuesta por los comunistas. La convivencia es la doctrina desarrollada ampliamente en la última Encíclica "Pacem in Terris". Ambas tratan de relacionar a los hombres, de unificar a la humanidad desparramada en aspiraciones diversas e intereses opuestos. Desean aunar a los hombres, ligarlos, relacionar los unos a los otros, de tal manera que...

En esto se diversifican precisamente las dos doctrinas: en la manera de concebir esas relaciones que deben formar la sociedad.

Resistimos a la tentación de incluir el tipo contractual de relaciones humanas propugnado por la escuela liberal. De esta manera hubiéramos tenido la consabida trilogía: Liberalismo, Comunismo, Doctrina Social de la Iglesia. Pero dejamos por hoy la referencia a la sociedad "atomizada" de la concepción liberal y nos fijaremos únicamente en las otras doctrinas, cada una de las cuales tiene una manera peculiar de entender las relaciones que ligan a los hombres entre sí.

COEXISTENCIA Y RELACIONES DE FUERZA:

A primera vista parece que el socialismo y el imperialismo capitalista no pueden coexistir simultáneamente, y menos de una manera pacífica. Esta conclusión la sacamos del aserto marxista de que la caída del capitalismo es inevitable. Si el capitalismo tiende a desaparecer por su misma constitución, difícilmente puede coexistir el socialismo con un sistema no-existente.

No es ese el significado atribuido por los marxistas a la coexistencia pacífica. Claro que el imperialismo se esfumará, dicen ellos, al soplo del desarrollo histórico dentro de cierto lapso de tiempo. No está en litigio su desvanecimiento del escenario de la historia. Lo único que se afirma es que antes de que suceda la inmersión definitiva pueden coexistir los dos sistemas pacíficamente; es decir, sin conflictos bélicos. Es inevitable la caída del imperialismo; pero la guerra no es inevitable. El choque de armas puede ser conjurado, puede ser controlado.

Con esto ha respondido el marxista a la posibilidad de evitar la guerra entre dos bloques: imperialista y socialista. Pero esta posibilidad